

de su espada ó en los arcanos de la política. Verdad es que agregaba el valor militar á la sagacidad diplomática. Era tenido por calvinista; y como esta cualidad no era ciertamente la mejor recomendacion para negociar con el Papa, una vez que pasaba á Roma con objeto de reconciliar á la Iglesia de Suecia con la Santa Sede, creyó oportuno dejarse ver como católico en el centro del catolicismo. Una congregacion de cardenales y teólogos pasó á examinar aquellas proposiciones que tenian el carácter de discutibles, y en las que el conde de la Gardie daba á conocer á Gregorio XIII la posicion de su Soberano, amenazado por Ivan Basilowicz, jefe de la reforma, por los dinamarqueses y por su mismo hermano.

Para desembarazar al Monarca y á la Suecia de los complots del último, rebelde siempre á la autoridad de su hermano, y eterno perturbador de la tranquilidad del reino, aconsejaron á Juan, el arzobispo Lorenzo Petersohn, jefe de la reforma, y los demás obispos luteranos que mandase dar un veneno al conspirador Erico, y tres años después (el de 1575) declararon por escrito los senadores y el alto clero que el Rey estaba obligado en conciencia á envenenar á su hermano <sup>1</sup>. El 25 de febrero de 1577 triunfó la doctrina del fratricidio desenvuelta y aprobada por el protestantismo, sus prelados y consejeros legos, y pereciendo víctima de ella el príncipe citado, sin que los teólogos católicos hubiesen pensado en discutir esta tesis sobre el regicidio, que ha servido tan largo tiempo de arma contra ellos en manos de los doctores del luteranismo y calvinismo. Mas adelante decia el Jesuita Possevino á este infortunado Juan á propósito del clero protestante: « Los que sin experimentar el menor remordimiento se atreven á usurpar las funciones eclesiásticas, osarán con mas descaro expulsar y asesinar á los reyes. » Palabras ciertamente profundas, que fueron para Juan un acta de acusacion, una acriminacion y un consejo.

La corte de Roma, cuya prudencia ha pasado á ser proverbial en las chancillerías europeas, estaba á la mira de la situacion del rey Juan, y en tanto que los cardenales reunidos tomaban en consideracion sus peticiones, se ocupaba en buscar un hombre digno por sus virtudes y talentos diplomáticos de representarla

<sup>1</sup> Rûhs, *Historia de Suecia*, tomo III, pág. 346. F. J. Tejel: Kon. Eric. XIV, *Der Historie Utgifwen af. a. Stiernemann, Stockolm, 1874*, en 4.º pág. 302.

en Stokolmo. Ante todo era indispensable convencer al Rey, y decidirle á que hiciese una profesion pública del catolicismo, para reunir por su medio á la Suecia al tronco comun. Dirigió sus miradas el sacro Colegio hácia un Jesuita que habia prestado servicios de toda especie á la Iglesia y á las ciencias, designando á Possevino para desempeñar esta mision con el nombramiento de legado en Suecia, y cuyas instrucciones se reasumian en estas dos: Hacer que triunfase la fe en el Norte, é impedir que el monarca Juan III pusiese su escuadra á las órdenes del príncipe de Orange. En el prefacio de su *Biblioteca selecta*, impresa en Roma en 1593, obra que abrió el camino que siguieron en el siglo XVII Montfaucon y Mabillon, el mismo Possevino se explica en estos términos:

« Bien que íntimamente convencido de mi absoluta insuficiencia para sostener el peso de tan enorme carga, tuve que ceder á la autoridad del que me hablaba en nombre de Dios, confiando que aquel Señor que se sirve del lodo como de un colirio para dar la vista á un ciego me ilustraria, y supliria con los auxilios de su gracia por la insuficiencia de su ministro. »

Salió en efecto el Jesuita de Roma el 15 de setiembre de 1577, acompañado del P. William Good, irlandés, y del P. Fournier, Jesuita francés, y se dirigió á Praga, donde tuvo diferentes entrevistas con la emperatriz de Alemania, viuda de Maximiliano II, quien para facilitar el acceso del Padre á la corte de Stokolmo, le dió la investidura de embajador, recibéndole el Rey con el ceremonial usado, y entregando este sus credenciales de tal, ante una multitud de señores luteranos. Hallábase Possevino vestido de un rico traje seglar, en cumplimiento de las órdenes del Papa, y llevaba ceñida la espada, sin ostentar vestigio alguno en su persona que le diese á conocer por Jesuita: pero para indemnizarse de antemano de estos honores pasajeros, habia caminado á pié la mayor y mas difícil parte del camino.

Luego que el embajador imperial hubo dado cima á su mision, empezó la de legado apostólico, dejándose ver el Jesuita bajo los bordados espléndidos del diplomático. Hallábanse solos el Rey y Possevino, quien después de haberle enterado del breve pontificio con fecha del 12 de setiembre de 1577, confiriéndole las credenciales para pasar á la corte de Suecia, hizo girar la conversacion sobre las esperanzas que habia concebido y la energía que

exigían las circunstancias, viéndose después con tanta frecuencia, que bien pronto manifestó el Soberano la ternura y confianza que le inspiraba el Jesuita. Había vencido su ciencia las últimas dudas de Juan, que se hallaba dispuesto á volver al seno del catolicismo; pero razones de Estado dejaban aun cierta incertidumbre en su ánimo. Apoyado en sus conocimientos teológicos, disputaba el terreno palmo á palmo, tratando de arrancar á la dialéctica del Nuncio las concesiones que creyó satisfarian á sus súbditos; y aunque aceptaba la doctrina, no sucedía lo mismo con la disciplina eclesiástica, haciéndose fuerte en las proposiciones que Ponto de la Gardie había presentado en su nombre en la corte romana.

Estas conferencias, que aclaran de un modo tan evidente la situación de los ánimos en los países del Norte, fueron recopiladas por el mismo Possevino<sup>1</sup>, que formó con ellas un verdadero tratado de la unidad de la Iglesia. Tenía Juan el corazón tan recto, y las demostraciones del Jesuita eran tan concluyentes, que sin aguardar la respuesta de la Santa Sede á los artículos que la Gardie estaba encargado de aceptar, se decidió á romper con la herejía, erigiendo un altar en su mismo aposento el 16 de mayo de 1578, donde el Padre revestido con los ornamentos sacerdotales y en el momento de celebrar el augusto misterio, vió caer al Rey en sus brazos exclamando con lágrimas de ternura: «Os abrazo, Padre mio, á vos y á la santa Iglesia católica romana, para siempre.» La Reina, Nicolás Brask, gobernador de Stokolmo y Juan Heinrichssohn, secretario del Monarca, fueron los únicos testigos de esta ceremonia que iba á provocar tan graves acontecimientos; y que aunque verificada en secreto, podía una indiscreción comprometer el éxito. El Rey, católico ya de corazón, no quería, sin embargo, suministrar á su pueblo un motivo de queja ó de desconfianza. Después que Possevino hubo convencido al Monarca, esperó poder practicar lo mismo con el clero y los suecos.

Para realizarlo con fruto le era indispensable regresar á Roma con el objeto de ilustrar al santo Padre y á la congregación

<sup>1</sup> Antonio Possevino, de la Compañía de Jesús. Responsiones ad nobilissimi et regii viri septentrionalis interrogationes, qui de salutis aeternae comparandae ratione, ac de vera Ecclesia cupiebat institui. Bibliotheca, liber VI, pág. 432.

de cardenales. El Príncipe había abjurado su secta el 16 de mayo, y el 20 del mismo mes se embarcó Possevino, convoyado por dos fragatas reales que le escoltaron hasta la orilla opuesta del Sund, y acompañado de cinco jóvenes suecos, de un moscovita y un lituano, primeras conquistas del Instituto en aquellas comarcas. En Dantzick halló á los Jesuitas Warsevitz y Andrés Wisowski, á quienes remitió á Stokolmo para que uniesen sus esfuerzos á los de Nicolai, preparando de paso los ánimos en Braunschweig, Olmutz, Viena, Polonia, Moravia, Prusia y Austria, comunicando al emperador Rodolfo II los resultados de su negociación, y marchando en seguida á Roma después de haber arrancado á este último la promesa de ceder á su hermana en matrimonio á Segismundo, hijo y heredero de Juan III. El Jesuita había pre-dispuesto á la corte de Roma por medio de sus cartas para conceder al rey de Suecia cuanto la fuese posible sin perjudicar á los derechos permanentes de la Iglesia, y el 25 de julio escribía á Mercurian:

«Creia el Monarca, llevado del buen deseo que le asiste de ver las cosas en buen camino, que seria útil convocar un concilio ó una asamblea compuesta al menos de los príncipes luteranos y otros herejes para ver de arreglar de algun modo las disidencias religiosas, y si no se lograba reconciliarlas, mediante ciertas condiciones, tratar de lleno con la santa Iglesia; pero le he hecho conocer que lo que no habia podido realizarse por medio del concilio de Trento, verificado en el seno mismo de Alemania, no se verificaria por medio de condiciones, puesto que el Espíritu Santo solo quiere espíritus humildes y desinteresados. Concedióme S. M. que en el fondo participaba de mi misma opinion, y aun añadió por dos veces que de todas maneras, aun cuando los Luteranos y demás herejes conviniesen en alguna confesion á su modo, la cambiarían al dia siguiente, y aun se propararian á hacer otras nuevas, como en efecto ha sucedido.»

Esto ponía en evidencia el punto de la dificultad: el monarca de Suecia se habia lisonjeado que mediante ciertas modificaciones en la disciplina eclesiástica llegaria á restablecer el culto católico en su reino; pero como la experiencia solo se habia ensayado parcialmente, nada positivo habia resultado de estas concesiones. La Iglesia, custodia de la fe y tradiciones que la sostienen en el

corazon de los pueblos, no podia relajar sus principios sin minar ella misma la base en que los Apóstoles la sentaron: era preciso, pues, aceptarla tal como es en si ó desconocerla enteramente; porque inmutable y eterna en sus principios, no debía permitir que estos se discutiesen hasta el extremo de aceptar de uno las condiciones que habia rechazado de otros.

Possevino conocia mejor que nadie estos obstáculos morales y la complicada situacion en que se hallaba colocado el rey de Suecia; y para manifestarle el buen deseo de la Iglesia con respecto á su persona, no se descuidaba en asegurarle el concurso del Emperador y reyes católicos de España y Polonia, puesto que una vez que hubiese regresado la Suecia al catolicismo se veria inevitablemente expuesto á los ataques á mano armada de los príncipes protestantes, contra los que el Jesuita esperaba darle un fuerte apoyo al ofrecerle unos aliados tan poderosos.

Gregorio XIII no habia aguardado el regreso de Possevino para adoptar medidas enérgicas en favor de la Suecia. Instalóse una nueva congregacion compuesta de los cardenales mas ilustres, tales como Alejandro Farnesio, Moroni, Sabelli, Como, Florio, Felix Peretti, Madrucci y Guillermo Sirlet, restaurador de las letras hebreas y griegas en Italia, y en la que entraron en calidad de secretarios el Jesuita Toledo y el franciscano César Montalcino, los dos teólogos mas sabios de su siglo.

Doce eran las peticiones elevadas á la Santa Sede. La primera versaba sobre una solicitud del Rey para que se hiciesen rogativas generales por el regreso de la Suecia al gremio del catolicismo. Versaba la segunda en la facultad de celebrar la misa en lengua vulgar; la tercera trataba de la comunión bajo ambas especies; la cuarta era concerniente á la autorizacion para poder perseguir ante los tribunales civiles á los obispos acusados de crímenes contra el Estado ó de alta traicion; la quinta trataba de la no restitucion de los bienes eclesiásticos que habian ido á parar á manos de los seglares; la sexta proponia el establecimiento de un seminario católico en el convento de Franciscos de Stokolmo; la séptima pedia la facultad de dejar en la iglesia el mausoleo de Gustavo Wassa, padre de Juan III; la octava, el juramento de fidelidad que debian los obispos prestar al monarca; la novena, el matrimonio de los sacerdotes; la décima, el permiso de asistir á los sermones y demás ceremonias del culto luterano;

y las dos últimas exigian que se suprimiese la invocacion de los Santos, las oraciones por los difuntos, y que se aboliese el agua bendita.

Luego que la congregacion de cardenales hubo deliberado sobre estos doce artículos, presentados como base de un concordato que destruia la economía de la Iglesia, remitió á Possevino el 25 de julio el resultado de sus conferencias. Este trabajo, obra de Montalcino y de Toledo, que el cardenal de Como reasumió en sus despachos, es el *non plus ultra* de la doctrina y prevision: declararon como inadmisibles por unanimidad la misa en idioma vulgar, la comunión bajo ambas especies, el matrimonio de los sacerdotes y la abolicion del agua bendita, del culto de los Santos, y de las oraciones por los difuntos: queria la Iglesia permanecer una aun cuando hacia en todas partes las concesiones que la permitian aceptar las dificultades de la época, abandonando á los seglares los bienes que habian secuestrado al clero; mas no será esta la última vez que esa Iglesia, á quien representan sus enemigos tan insaciable, sacrifique á la comun ventura las propiedades desmontadas y fecundadas por su sudor, ó legadas por la piedad de los fieles.

La corte de Roma, si en alguna cosa ha merecido censura de los políticos, es en haberse mostrado siempre muy condescendiente en este punto, franqueando quizás un acceso á todas las revoluciones con ese mismo desinterés. Ciertamente que á todas ellas las fulmina sus anatemas como á despojadoras; pero cuando todos se han improvisado ya una fortuna á expensas del clero, regresan al catolicismo como para obligarla á sancionar el robo á mano armada; viniendo todos á ser cristianos después que han gastado todos los cultos de la imaginación, y escupido en la cara á todos sus idolos.

Apresuróse la Iglesia, por motivos superiores á los de la humana razon, á renunciar sus bienes temporales, y tal vez no hizo bien; porque no solamente absolvía un crimen impenitente, sino que dejaba una puerta franca á todos los especuladores revolucionarios.

La Iglesia en esta época cumplió á la letra el consejo de Jesucristo de ceder la túnica al que la disputaba la capa, y lo mismo ha hecho mas adelante: acusábanla de avidez, y se apresuró á ceder sus bienes al primero que se los disputaba; imputá-

ronla el crimen de intolerante, y se dió prisa á otorgar á la Suecia cuanto estaba á sus alcances: sin embargo, no se atrevió á dar un paso mas, porque mas allá de aquel paso se hallaba el abismo.

Las cosas habian caminado con mas celeridad que la congregacion de cardenales; pero Possevino estaba en Roma, donde su dictámen debia ser de un inmenso peso: acordó aquella reunirse de nuevo en union del Jesuita, que en una memoria circunstanciada expuso todas las dificultades de hecho, de derecho y jurisdiccion, resolviendo la congregacion, después de haberle oído, que nada podia añadir ni quitar á su primera decision. Confirmó el Papa á Possevino en su cualidad de legado por medio de un breve fechado en 1.º de diciembre de 1578, nombrándole vicario apostólico en Rusia, Moravia, Lituania, Hungría y todas las comarcas del Norte; y dándole un poder ilimitado para que abriese en su nombre un jubileo universal que favoreciese el éxito de su mision: réstanos ahora saber cómo le dió cima.

Acababa de enviar Felipe II, á instancia de Possevino, un ministro plenipotenciario á la corte de Stokolmo, encargado únicamente de los negocios corrientes, porque ya el Jesuita se hallaba comisionado para despachar los asuntos confidenciales. Marchó aquel acompañado del P. Ludovico, príncipe de Odescalchi, avistándose en Baviera con el duque Alberto, y conferenciando en Ausburgo, por órden del Papa, con los Fugger, banqueros alemanes, cuya colosal fortuna estaba al servicio de la Iglesia, y á cuyo cargo se hallaba el sostenimiento de los católicos de Lubeck, á quienes Gregorio XIII otorgaba como preboste de su catedral á Adriano de Merode.

Este pobre sacerdote, destinado, á pesar suyo, á rozarse con los magnates y opulentos de la tierra, pasaba de la morada de un banquero al fastuoso palacio de un Emperador; dirigiéndose á Praga desde Ausburgo tuvo una entrevista con Rodolfo II, y después de haber echado en Olmute los cimientos de la mision del Norte, conversó en Vilna con Esteban Bathori, rey de Polonia. Do quier que pasaba el Jesuita renovaba la adhesion en favor del catolicismo; si veia atacada la unidad en sus principios, en las cosas, en los hombres ó en la conciencia, se aprestaba al momento á defenderla; y cuando observaba que los herejes se encarnizaban contra la Iglesia, destruyendo sus casas, colegios ó templos, como si estuviese dotado de un poder indecible y mági-

co, hacia brotar nuevas iglesias y nuevos establecimientos de las mismas ruinas, siendo su viaje una continuada victoria contra la herejía. Aguardábale en Dantzick una fragata sueca, que después de catorce dias de travesía le condujo el 26 de julio de 1579 á la rada de Stokolmo, donde no pareciéndole conveniente entrar, como la vez primera, bajo un traje prestado, resolvió hacerlo bajo el hábito de su Orden, tanto para animar á los Católicos, como para arrebatar á los sectarios todo pretexto de sorpresa. Salieron á recibirle al muelle todas las autoridades principales; mas como la mision de Possevino no se reducía á disfrutar de aquellas ovaciones, quiso desde luego dar principio á la conquista de aquel reino, á cuyo Soberano habia ya convertido al cristianismo.

Varios intereses de ambicion y proselitismo luterano habian interceptado la marcha de los proyectos de Juan, siendo el principal de ellos el enlace que Carlos de Sudermania, hermano del Monarca, habia contraido con María, hermana del duque de Dos Puentes, que á fuer de celosa protestanta, fomentaba en union de su marido una bien combinada liga con todos los luteranos de Alemania. Servíase esta coalicion de los fenómenos celestes para sublevar al pueblo sueco contra su Soberano, dejando á cargo de los obispos su explicacion, que por lo regular recaía sobre el papismo. En unas partes señalaban un perro que corria tras de la caza á través de las nubes; en otras, un enorme dragon que trataba de absorber el sol; llegando á tal la impudencia de Baazio, obispo protestante de Lincaping (II, 22, p. 374) que se atrevió á profetizar que aquel infernal dragon no solamente seria capaz de eclipsar los rayos del sol de la justificacion, Jesucristo, sino que trataria de expulsarle de Suecia para reemplazarle con el Antecristo romano.

Estos meteoros, tan extrañamente comentados por la malicia de los herejes, habian producido en los ánimos del pueblo una especie de alarma que el fanatismo y la ignorancia ayudaban á sostener. David Chytræus, profesor en Rostock, se encargó tambien de desempeñar un papel: compuso una obra histórica con arreglo á los anales sajoneses, y se la entregó al Rey para que la ilustrase con sus notas <sup>1</sup> en lo respectivo á las cuestiones de Suecia,

<sup>1</sup> *Correspondencia de Chytræus*, Cartas al rey Juan, año de 1579, pág. 78 y siguientes.

prometiéndole en cambio dar un brillo tal á su nombre, que llegaría á ser celebrado por la más remota posteridad. Juan, como todos los espíritus irresolutos, gustaba de la lisonja: esta se le ofrecía por una pluma tan diestra como audaz, y se reputó venturoso en aceptar el partido: dejóse ver del escritor, que, como protestante, empezó desde luego á infundir en su alma las dudas, proponiéndole diferentes objeciones, y para más obligarle le dedicó su *Historia de la confesion de Ausburgo*<sup>1</sup>. Ponto de La Gardie, de regreso ya en Stokolmo, habia sondeado, por otra parte, la situacion de las cosas; penetrado como estaba de la energía de los sectarios y de la nulidad del Monarca, se habia sometido en secreto al luteranismo, sin otras pretensiones que las de aterrar al Rey respecto á su plan de reunion de las dos iglesias, porque no era la verdad la que buscaba sino mas bien una posicion.

Sentianse amenazados en la existencia de su culto los obispos luteranos: para atraer al pueblo en favor suyo, se coligaron con los predicantes calvinistas del Palatinado, apresurándose el apóstata Juan de Bovallan á prestarles el apoyo de su palabra, y á combinar los esfuerzos de ambas sectas para anonadar los progresos que hacia el catolicismo bajo la direccion de los Jesuitas.

En esto llegó á Stokolmo la carta del cardenal de Como, dirigida á Possevino con fecha 26 de octubre de 1578. Si la Santa Sede hubiese suscrito á las doce peticiones del rey de Suecia, es mas que probable que, á pesar de su buena voluntad, no hubiera podido este Monarca llenar el deseo de los Católicos; pero pareciéndole que las restricciones exigidas por la fe le desembarazaban de sus promesas, dió á entender á los PP. Good y Warseviez que los artículos denegados eran el eje sobre que rodaba la reunion de los suecos á la Santa Sede. Escribió Warseviez á Roma, verificándolo tambien Typotio; y el cardenal de Como, al instar á Possevino con fecha 4 de abril de 1579 para que emprendiese sin demora su viaje, terminó su carta con estas palabras, que á mas de tener alguna cosa de inmutable como lo es la verdad, están dictadas por la misma Iglesia, que prefiere perder un reino entero á sacrificar un solo principio: «Estamos prontos á auxiliar á V. R. «con nuestras oraciones confiando tambien en las vuestras, así «como en vuestro talento y prudencia; por mas ardua y espinosa

<sup>1</sup> Puffendorf, *Introduccion á la Historia de Suecia*, pág. 564.

«que os parezca vuestra empresa, y aun cuando la misma reina, «lo que no creemos y quiera Dios que no sea, cediese á estos temores, no debeis arredraros, pues cuando hayamos hecho lo «que esté en nuestra mano, si Dios no quiere que resucite ese «reino, tendremos al menos alguna excusa ante su divina Majestad, y continuaremos viviendo sin él, como lo hemos hecho por «espacio de cuarenta años.»

Tal era la situacion de la Iglesia y del Rey cuando desembarcando Possevino en Stokolmo, y hallándose Juan en Upsal rodeado de los universitarios, hizo su entrada el legado en esta ciudad en medio de una fastuosa pompa mandada por el Soberano, para consolar al hombre de los sinsabores que aguardaban al cristiano. Juan no se hacia ilusion; es verdad que era católico por conviccion, pero no estaba dotado de la suficiente energía para confesar públicamente su fe, ni del vigor necesario para imponérsela á unos hombres á quienes Gustavo Wassa habia conducido por ambicion al protestantismo, y que lo hubieran aceptado todo de manos del poder. Perfectamente convencidos La Gardie y Typotio de la debilidad de su carácter, le asustaban á cada paso con las funestas consecuencias que debia producir semejante cambio, el que no podia menos de ofender en extremo á los principes luteranos; y seguros por otra parte de que la Santa Sede permaneceria inmutable en sus resoluciones, persuadieron al Soberano que debia obtener en toda su integridad las doce peticiones, si queria calmar la irritacion de su pueblo, y conducirle en pos de sus huellas al catolicismo.

En medio de estas intrigas palaciegas y de apostasia, se dejó ver Possevino en presencia del Rey, de quien habia sido amigo y guia, sin dejar escapar de sus labios la menor palabra de acriminacion; pero á pesar de responder el Príncipe á las demostraciones afectuosas del Jesuita con testimonios de respetuoso afecto, no se atrevió sin embargo á abordar la grave cuestion de que se trataba. Abordóla, empero, Possevino, presentándole las amistosas cartas del Papa, del Emperador, del rey de España y de los monarcas católicos de Alemania, representándole de paso los recursos que habian puesto en juego con la corte de Roma para obtener un embajador de la Iglesia en Stokolmo; y pasando de la política á la religion, le puso ante su vista los combates en que habia salido victorioso, y el júbilo que habia experimentado cuando en 16

de mayo del año anterior exclamó en su presencia: «Padre mio, «os abrazo á vos y á la santa Iglesia para siempre.»

Nada tenía Juan que responder á esta interpelacion: es cierto que era católico por convencimiento, pero temia la cólera de los príncipes protestantes, la sublevacion de sus súbditos, ó la usurpacion de su hermano Carlos. Para salir de la cruel posicion en que su docta debilidad le lanzaba, deseaba que el Papa suscribiese á sus doce preguntas, y viendo que se le denegaba este *ultimatum*, prefirió romper toda clase de relaciones con la Santa Sede.

La intriga no podia estar mejor urdida para preparar una derrota á la elocuencia de Possevino; puesto que apoyándose en el miedo, argumento que no podrá rebatir toda la lógica del mundo, era imposible de todo punto el triunfar de la pusilanimidad del hijo de Gustavo Wassa.

El 19 de febrero de 1580 presidió Juan la primera sesion de la dieta de Wadstena á que asistió Possevino, y de la que el senado y el alto clero formaban una mayoría tan evidente, que para no comprometer los intereses de la Iglesia ni los de la monarquía, se limitó el Jesuita á desempeñar el papel de mero espectador. El Rey se habia mostrado tan indeciso, que el protestantismo le humilló en su fe, en su honor, y aun en su misma dignidad personal, recibiendo todas estas afrentas como un culpable, y sin atreverse á levantar los ojos. Algunos meses mas adelante se convocó un sínodo en Linçeping, en que nada realizable ni aun posible podia resultar de aquella voluntad fluctuante á merced de los partidos y perpleja en los ataques.

La peste que diezmo á los habitantes de Stokolmo, no encontró persona humana, á excepcion de los Jesuitas, que tratase de inmolarse por la caridad. Los ministros protestantes apelaban á la fuga, ó se consagraban únicamente al cuidado de sus familias, abandonando á su desesperacion el rebaño de que se titulaban pastores; al paso que los Jesuitas, que vieron lucir para ellos en este incidente unos dias mas claros á través de las nubes que habia amontonado el error, á mas de cumplir con los deberes que les imponia la humanidad y Religion, se ocupaban en la asistencia de los enfermos, y en excitar el celo de los fieles católicos. Segismundo, que habia sido educado en el seno del catolicismo, no aceptó con tanta resignacion la doctrina de los Luteranos; el ejemplo mismo de su padre no fue capaz de hacerle abjurar una reli-

gion que le estimuló mas adelante á renunciar el trono de Suecia, herencia de sus mayores, para reinar sobre los polacos, que para recompensar su perseverancia le habian elegido muchos años antes por su Soberano.

Conocia Possevino que para no rebajar la dignidad de la Santa Sede, era indispensable separar al legado apostólico de aquel palenque en que el catolicismo solo entraba á lidiar en clase de vencido con antelacion. Como Jesuita hubiera permanecido en Suecia con el P. Warsevitz; mas como nuncio del Papa, trató de salvar el honor de la tiara, y pidiendo una audiencia de despedida, salió del reino el 10 de agosto de 1580, favorecido con la amistad del Rey, con el aprecio de los mas altos funcionarios del Estado, con la veneracion de los Católicos y el odio de los Luteranos.

Habia llenado tan á satisfaccion en esta embajada las miras de la corte de Roma; habia sabido amalgamar con tanta sagacidad la prudencia con la firmeza; y habia popularizado tanto su nombre en los paises del Norte que se dispuso el papa Gregorio XIII á encargarle de una comision todavia mas importante, ó lo que es lo mismo, á mandarle en calidad de legado de la Santa Sede para que preparase al catolicismo una entrada en el imperio ruso.

No se limitaba la Compañía de Jesús á ensayar nuevas conquistas y á penetrar en nuevos reinos; tenia ya misioneros, diplomáticos y confesores, dispuestos siempre á lanzarse donde habia un peligro mas inminente, ó á donde la Santa Sede y su General les mandaban enseñar, luchar contra la herejía, ó morir combatiendo. Pero como verdadero Orden militante, no debia rehusar ningun campo de batalla, combatiendo aquí con la teología, en las cátedras con la elocuencia, y en todas partes con la fe, suscitándose por lo mismo inmensos é implacables rivales. Sabido es que una de las condiciones de los institutos vigorosos y caracteres fuertes, es la de suscitarse numerosos odios ó apasionadas dilecciones, resultado doble que habia conseguido la Compañía de Jesús, puesto que si en Alemania se veia expuesta á los ataques de los Protestantes, fácil es comprender que en Francia la universidad y los Calvinistas no dejaban tampoco de encarnizarse contra ella.

Mas á pesar de estas hostilidades, ó tal vez á causa de las mismas, ganaban los Jesuitas un terreno inmenso en aquel reino entregado á todas las divisiones intestinas. El rey Carlos IX, que